

JUEGOS OLÍMPICOS, por J. A. Hernández.—Editorial Hidalgo.
Lima.

No conocemos el libro primigenio de Hernández, escritor peruano de la última generación, titulado «Tren». Según el prologuista de «Juegos Olímpicos», Luis De Carvajal, esta última obra revela una ascensión, un paso adelante respecto a la primera. Sin duda y si esto es efectivo, puédese esperar de Hernández libros más armoniosamente realizados y de una calidad intensiva y expresiva más acabada, porque «Juegos Olímpicos», carece de aspectos sobresalientes y apenas si demuestra una personalidad en estado de gestación, en estado de aspiración para afirmar sus contornos definitivos.

También debemos reconocer, sin embargo, que «Juegos Olímpicos» es un volumen de tono más o menos parejo y sostenido y si no posee cualidades brillantes tampoco tiene deslices o caídas demasiado pronunciadas. Se nota en Hernández una verdadera capacidad de autocrítica y control que lo obliga a rechazar, con un auténtico sentido del gusto, de lo discreto, los elementos inapropiados para la construcción de sus versos. Esto es ya una garantía para la labor futura de Hernández, porque demuestra en él la posesión de una de las condiciones esenciales que debe tener todo escritor y sin la cual ninguno puede pretender a un perfeccionamiento paulatino.

En cuanto a la esencia misma del libro y a la técnica (personalmente creemos que ésta es siempre consecuencia directa de aquélla y nos parece un tanto difícil separarlas) el volumen de José Alfredo Hernández, está dentro de lo que se acostumbra a llamar obras de vanguardia—en un sentido exclusivamente literario, se entiende—pues no continúa la tradición del verso modernista ni tampoco es aficionado a la rima ni al ritmo clásico, más bien, académico, de esta forma de literatura. No obstante,

no cae en las exageraciones que son tan frecuentes entre los que cultivan tal tendencia. Al contrario, Hernández manifiesta mucha contención y mesura, como era natural, si no olvidamos la observación apuntada más arriba, respecto a la capacidad de control que posee este escritor peruano. En cuanto al motivo, al tema — siempre esencialmente lírico — de estos «*Juegos Olímpicos*» podemos afirmar que tienen la característica de todos los versos llamados de vanguardia: dispersión, ausencia de unidad temática, desorden en el desarrollo y la exposición, etc.

Por otra parte, debemos elogiar en Hernández que no haya cogido del llamado vanguardismo lo exterior, los aspectos pintorescos y superficiales, lo que en verdad no entrañaba ninguna renovación significativa, como, por ejemplo, la ausencia de puntuación, de letras mayúsculas y de otros artificios—la mayoría tipográficos—aunque al decir de Guillaume Apollinaire estos hicieron nacer un lirismo visual, completamente desconocido antes de este siglo. Hernández ha tomado del llamado vanguardismo el espíritu, el sentido de aireación, de revolución mejor dicho, que lo alentaba en una aspiración honorable de novedad, de sacudir el cansancio de las viejas formas y, por ende, de un viejo espíritu.

Antes de finalizar estas líneas, diremos que este libro de José Alfredo Hernández es una promesa: que en lo futuro traspase los límites de tal, es lo que esperamos.—ARTURO TRONCOSO.



LA ESCUELA DE LAS MUJERES, por *André Gide*.

Seguramente, la obra de André Gide pudiera dividirse en dos categorías que se presentan bien determinadas: la obra crítica y la obra creadora, esta última expresada en diferentes géneros literarios, desde el teatro hasta la novela, desde el diario hasta el libro de estricta substancia lírica. No obstante esta diver-